

Gladys La juzgo tan eterna como la libertad y la justicia

Horacio Brum

Portal del Pluralismo, 07 de marzo de 2005

Al poco tiempo de establecerme en Santiago como corresponsal extranjero, cuando la transición iba camino de la eternidad y Pinochet parecía más un general victorioso que un dictador derrotado, me invitaron a una conferencia de prensa del Partido Comunista.

Asistí con desgano, convencido de que iba a oír apolilladas consignas revolucionarias y loas al martirologio de Salvador Allende. Algunas consignas hubo y el nombre de Allende flotó como una invocación sobre la mesa proletaria servida con un desayuno proletario -nada de las galletitas finas, los sandwiches y el café aromático a que me habían acostumbrado los muy ex revolucionarios de La Moneda- en una vieja casa de un también proletario barrio de la capital.

Sin embargo, la mujer pequeña de voz grande que me presentaron como la nueva Secretaria General del partido dijo verdades que todos los periodistas extranjeros habíamos notado, pero que no salían de las bocas de los políticos oficialistas ni de los miembros del gobierno: habló del poder que aún mantenían Pinochet y el Ejército, de las promesas traicionadas por la coalición gobernante, como la anulación de la amnistía de 1978, y del dominio de los intereses empresariales sobre la política económica. Gladys Marín, la de los ojos siempre alegres y la voz de cantante de tango, pintó así el Chile real, que la Concertación comenzaba a esconder tras un telón de buenas cifras económicas, con la divisa de "justicia en la medida de lo posible".

Siguiendo desde entonces su carrera, e interesándome por su vida política anterior al fin de la dictadura, observé a un personaje en vías de extinción en este país: el líder consecuente, que se mantiene fiel a sus principios y sus ideas, con la esperanza de poder cambiar el entorno, en vez de cambiar para adaptarse al entorno. A diferencia de quienes en 1973 pasaron del refugio de las embajadas a los exilios dorados de las cátedras universitarias y las discusiones académicas sobre la democracia y los derechos humanos, Gladys optó por arriesgar la vida regresando al país clandestinamente. Su opción por la lucha activa contra la dictadura la pagó con la desaparición de su esposo y más de una década de alejamiento de sus hijos, un sufrimiento que tuvieron pocos o ninguno de aquellos que hoy, desde el poder,

hablan de renovarse y modernizarse mientras apenas maquillan un sistema socioeconómico heredado del gobierno dictatorial.

Cuando esos mismos "renovados" optaron por los cabildeos y las transacciones con los militares e incluso se aliaron al sector político que había facilitado el derrocamiento del gobierno de Allende, ella mantuvo en el Partido Comunista la convicción de que no era posible dar a las fuerzas armadas el beneficio de la duda. Por no querer renunciar explícitamente a la posibilidad de retomar la lucha armada, Gladys y su partido fueron marginados de los juegos de poder que condujeron a la transición. Lo cierto es que hasta la actualidad, y a pesar de que no existen las condiciones para una intentona golpista, actitudes como la entrega de informaciones imprecisas o falsas sobre los desaparecidos y las manifestaciones de "preocupación" por los juicios a los violadores de los derechos humanos siguen arrojando dudas sobre la confiabilidad de los militares.

Frente a las figuras con responsabilidad histórica por la tragedia de 1973, que prefirieron poner a dormir al pasado, como el prescidente Carlos Altamirano, quien optó por la cómoda pose de académico retirado y se alejó de la primera línea del debate, Gladys Marín se plantó como la conciencia de Chile, criticando y denunciando las injusticias y las desigualdades. Frente a los que, enfundados en trajes elegantes ven al país desde las ventanillas de sus autos oficiales y se codean con muchos de aquellos que treinta años atrás conspiraron para aplastar sus sueños, Gladys siguió haciéndose mojar y gasear en marchas callejeras, con su pequeña persona agigantada por la estatura moral.

Tal vez sean ingenuidades las que ella y su partido proponen, en estos días en que lo más importante parece ser tener contentos a los inversionistas extranjeros y recibir los elogios de las instituciones financieras internacionales; tal vez sea ingenuo seguir apoyando a Fidel Castro, cuya senil obstinación priva a los cubanos de hallar un nuevo rumbo para el proceso revolucionario; tal vez no esté de moda hablar del imperialismo yanqui; tal vez es inútil todo esfuerzo por mantener vivas las utopías. Por otra parte, ni la cuantía de las inversiones extranjeras ni los elogios del FMI han servido para hacer crecer la felicidad de nuestros pueblos; con todos sus errores, Castro sigue evitando que Cuba se convierta en una prolongación de Miami, ese punto de encuentro de lo peor de América Latina con lo peor de los Estados Unidos, y aunque no hablemos de él, Irak y Afganistán nos demuestran que el imperialismo yanqui existe.

Por eso, cuando se apague una de las últimas luces de consecuencia que van quedando en el escenario político chileno, tendré el atrevimiento de parafrasear a Jorge Luis Borges, en el poema sobre su amada Buenos Aires: a mí se me hace cuento que murió Gladys: la juzgo tan eterna como la libertad y la justicia...

Gadys Marín: la voz de nuestra conciencia

Gladys Marín no es la portadora de una apolillada ideología de antaño. Es la mujer que ha estado siempre, incluso desde la clandestinidad, defendiendo los derechos humanos y los valores fundamentales como la verdad y la justicia, a diferencia de otros tantos que escondieron el cuello como la avestruz.

Horacio Brum

Fuente: Portal del Pluralismo. 24 de febrero de 2005

Al poco tiempo de establecerme en Santiago como corresponsal extranjero, cuando la transición iba camino de la eternidad y Pinochet parecía más un general victorioso que un dictador derrotado, me invitaron a una conferencia de prensa del Partido Comunista.

Asistí con desgano, convencido de que iba a oír apolilladas consignas revolucionarias y loas al martirologio de Salvador Allende. Algunas consignas hubo y el nombre de Allende flotó como una invocación sobre la mesa proletaria servida con un desayuno proletario -nada de las galletitas finas, los sandwiches y el café aromático a que me habían acostumbrado los muy ex revolucionarios de La Moneda- en una vieja casa de un también proletario barrio de la capital.

Sin embargo, la mujer pequeña de voz grande que me presentaron como la nueva Secretaria General del partido dijo verdades que todos los periodistas extranjeros habíamos notado, pero que no salían de las bocas de los políticos oficialistas ni de los miembros del gobierno: habló del poder que aún mantenían Pinochet y el Ejército, de las promesas traicionadas por la coalición gobernante, como la anulación de la amnistía de 1978, y del dominio de los intereses empresariales sobre la política económica. Gladys Marín, la de los ojos siempre alegres y la voz de cantante de tango, pintó así el Chile real, que la Concertación comenzaba a esconder tras un telón de buenas cifras económicas, con la divisa de "justicia en la medida de lo posible".

Siguiendo desde entonces su carrera, e interesándome por su vida política anterior al fin de la dictadura, observé a un personaje en vías de extinción en este país: el líder consecuente, que se mantiene fiel a sus principios y sus ideas, con la esperanza de poder cambiar el entorno, en vez de cambiar para adaptarse al él. A diferencia de quienes en 1973 pasaron del refugio de las embajadas a los exilios dorados de las cátedras universitarias y las discusiones académicas sobre la democracia y los derechos humanos, Gladys optó por arriesgar la vida regresando

al país clandestinamente. Su opción por la lucha activa contra la dictadura la pagó con la desaparición de su esposo y más de una década de alejamiento de sus hijos, un sufrimiento que tuvieron pocos o ninguno de aquellos que hoy, desde el poder, hablan de renovarse y modernizarse mientras apenas maquillan un sistema socioeconómico heredado del gobierno dictatorial.

Cuando esos mismos "renovados" optaron por los cabildeos y las transacciones con los militares e incluso se aliaron al sector político que había facilitado el derrocamiento del gobierno de Allende, ella mantuvo en el Partido Comunista la convicción de que no era posible dar a las fuerzas armadas el beneficio de la duda. Por no querer renunciar explícitamente a la posibilidad de retomar la lucha armada, Gladys y su partido fueron marginados de los juegos de poder que condujeron a la transición. Lo cierto es que hasta la actualidad, y a pesar de que no existen las condiciones para una intentona golpista, actitudes como la entrega de informaciones imprecisas o falsas sobre los desaparecidos y las manifestaciones de "preocupación" por los juicios a los violadores de los derechos humanos siguen arrojando dudas sobre la confiabilidad de los militares.

Frente a las figuras con responsabilidad histórica por la tragedia de 1973, que prefirieron poner a dormir al pasado, como el prescidente Carlos Altamirano, quien optó por la cómoda pose de académico retirado y se alejó de la primera línea del debate, Gladys Marín se plantó como la conciencia de Chile, criticando y denunciando las injusticias y las desigualdades. Frente a los que, enfundados en trajes elegantes ven al país desde las ventanillas de sus autos oficiales y se codean con muchos de aquellos que treinta años atrás conspiraron para aplastar sus sueños, Gladys siguió haciéndose mojar y gasear en marchas callejeras, con su pequeña persona agigantada por la estatura moral.

Tal vez sean ingenuidades las que ella y su partido proponen, en estos días en que lo más importante parece ser tener contentos a los inversionistas extranjeros y recibir los elogios de las instituciones financieras internacionales; tal vez sea ingenuo seguir apoyando a Fidel Castro, cuya senil obstinación priva a los cubanos de hallar un nuevo rumbo para el proceso revolucionario; tal vez no esté de moda hablar del imperialismo yanqui; tal vez es inútil todo esfuerzo por mantener vivas las utopías. Por otra parte, ni la cuantía de las inversiones extranjeras ni los elogios del FMI han servido para hacer crecer la felicidad de nuestros pueblos; con todos sus errores, Castro sigue evitando que Cuba se convierta en una prolongación de Miami, ese punto de encuentro de lo peor de América Latina con lo peor de los Estados Unidos, y aunque no hablemos de él, Irak y Afganistán nos demuestran que el imperialismo yanqui existe.

Por eso, cuando se apague una de las últimas luces de consecuencia que van quedando en el escenario político chileno, tendré el atrevimiento de parafrasear a Jorge Luis Borges, en el poema sobre su amada Buenos Aires: a mí se me hace cuento que murió Gladys: la juzgo tan eterna como la libertad y la justicia...



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios "Miguel Enríquez", CEME: <http://www.archivo-chile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.) Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.

© CEME web productions 2005

